

EL RESTAURADOR

DIARIO DE PROPAGANDA CATÓLICO-SOCIAL Y DE AVISOS

FRANQUEO CONCERTADO

Año VII

Precio de suscripción
Una peseta al mes en toda España.
Número suelto 5 céntimos.

CON CENSURA ECLESIASTICA

Tortosa.— Jueves 27 de Agosto de 1914

Redacción y Administración, P. O. Callaghan, 5

Num 1805



Nuestro Santísimo Padre PIO X, PAPA Y REY

IGNIS ARDENS

Terminó su carrera en el tiempo y pasó a la eternidad en su prisión del Vaticano el 20 Agosto 1914

R. I. P. A.

Si siguiendo las huellas de sus gloriosos antecesores, jamás transigió con la iniquidad triunfante representada por el llamado reino de Italia, restauró todas las cosas en Cristo, condenó el modernismo, proclamó la necesidad de defender la tesis católica contra toda clase de liberalismo y dilató en el mundo la llama del amor a la Sagrada Eucaristía. Su Pontificado será de memoria esclarecida e imperecedera.

Mañana, a las nueve y media, se celebrarán solemnes funerales en la Santa Iglesia Catedral por el alma de tan gran Pontífice, con asistencia de todas las autoridades y oficiando de Pontifical el Excmo. y Rmo. Sr. Obispo.

A nuestros amigos y lectores, EL RESTAURADOR pide oraciones y la asistencia a esas honras fúnebres

Tortosa 27 Agosto de 1914.

De la vida de Pio X

—¿De qué muere? se preguntaba la gente cuando se extendió la noticia de la desgracia inminente.

—¿De la guerra?, respondió una viejecita, de ojos vivisimos. Hace diez días que llora y que reza: llora y reza por la juventud que se mata allá lejos, y que se muere. ¡Dios mío! cuánto dolor le ha traído esta guerra! Me lo ha dicho su hermana María (una de las dos hermanas del Pontífice), la más vieja, la que se para con todo el mundo y habla con todos... La guerra tiene la culpa, la guerra...

El lunes 20 de Julio de 1903, se extinguía la vida de León XIII. Desde hacia 20 días, el Cardenal Sarto, Patriarca de Venecia, había dispuesto celebrar misas diariamente por la salud del Papa.

Cuando ocurrió la muerte, el Cardenal Sarto no salió de su ciudad hasta haber presidido los solemnes oficios religiosos por el alma de León XIII, en los que pronunció la oración fúnebre, expresión sincera de toda admiración por la grande alma que acababa de dejar este mundo.

Venecia se conmovió a la noticia de la muerte del gran Papa, pero aún fue más dolorosa su conmoción cuando supo que el Cardenal partía para Roma; desde los ricos patricios hasta los humildes gondoleros, todos temieron la consecuencia posible de aquel viaje obligado. Diremos que casi era una persuasión triste la que todos experimentaron cuando la góndola del Patriarca desembocó del canal de la Paglia para dirigirse a la estación: iban en ella el Cardenal y monseñor Bressan.

La góndola recorrió lentamente el Gran Canal entre los compactos grupos de gente amasada en ambas orillas y en las embarcaciones. El puente de Rialto hervía en gente: cuando el Cardenal pasó fue un coro de mil voces, mientras que una verdadera lluvia de góndolas escoltaba al futuro Papa. Un gri-

to repercutió de todos lados. —«Sior Beppo, no nos abandonéis.» —«Viva el Papa!» gritaban por su parte los gondoleros, orgullosos de su Prelado y conmovidos de que nadie más digno podía ser designado por el Colegio de Cardenales. Los dos gritos opuestos de los hombres y de las mujeres daban un significativo comentario a aquel momento inolvidable.

La gente de mar siguió a su Pastor hasta la estación donde la ovación fue calorosa y la despedida conmovedora. Se vio madres llorosas que a zaban en alto a sus pequeños para que los bendijera aquel corazón humilde que se alejaba de Venecia, tal vez para siempre.

Hombres vigorosos, rudos, se inclinaban para besar el borde de su sotana. En aquel instante el Patriarca subió sobre un banco ordinario y habló a sus hijos.

Habló largo rato, con la voz trémula de emoción; llegó un momento en que ya no pudo más y lloró.

Habló sin método, a impulsos del sentimiento, de mil cosas diversas, pero bien pudo leer en los ojos avidos de cuantos le escuchaban, una pregunta, el deseo de saber algo fijo sobre el retorno del que se alejaba. Dijo que volvería, y hasta, para confirmar mejor su propósito, terminó su discurso con esta frase: «Tranquiúzao, hijos míos. ¡Pronto o tarde volveréis a verme! Mirad, he tomado billete de ida y vuelta.»

Dentro de la estación otra clase de público, más distinguido, le esperaba. Allí habló también, pero ya no se mostró tan seguro del retorno. Dijo que cualquiera que fuese su vida en lo porvenir, no podía olvidar nunca su cara Venecia.

Después, vino el tumultuoso movimiento de la partida; a duras penas pudo el Cardenal subir a su compartimento. Finalmente, el tren se puso en marcha; los venecianos vieron a su Prelado sonreír a éste y a aquél, bendecir a todos. Cuando quedaron solos, monseñor Bressan le vio llorar.

En la estación de Florencia se reunió a él el Cardenal Ferrari, Arzobispo de Milán. Hablaron largo rato del futuro Conclave; el Cardenal Sarto sacó del bolsillo un hermoso reloj de oro y consultó la hora. El Cardenal Ferrari, sonriendo y aludiendo a los apuros en que muchas veces había colocado al Patriarca de Venecia su caridad inagotable insinuó:

—No ha estado ese todavía en el Monte de Piedad?

—Imposible, Eminencia. El que me lo regaló tuvo la feliz idea de hacer grabar en la tapa mis iniciales y mis armas. Figúrese, Eminencia, el escándalo si lo empeñara.

Así, en serio y bromeando, llegaron a Roma. Se alojaron en el Seminario lombardo. Al llegar, el director previno al Cardenal de Venecia contra los apremios de los reporteros.

Una de las visitas que recibió en Roma fue la de una noble dama veneciana, la condesa Carpegna, que al despedirse le dijo:

—Hago votos porque el Espíritu Santo se pose sobre Vuestra Eminencia.

—Tenéis una pobre idea del Espíritu Santo, le contestó en dialecto veneciano, y con una amable sonrisa de duda, el Cardenal se despidió.

Cuando entró en Conclave dos personas le figuraron la elección: «He aquí el Pontífice», le dijo el Cardenal Biselvi, y Monseñor Angeli. «Le predigo, Eminencia, que no podrá volverse a Venecia.»

Pío X y los pobres

El principal recuerdo que de sus primeros pasos en la vida sacerdotal se conserva, es el de su entrañable caridad.

Un testigo presencial afirma: «Lo suyo, no era suyo. Vestía lo preciso para ir cubierto, comía lo indis-

pensable para vivir, y lo demás dábalo a los pobres.»

Pablo Bosato, viejo sirviente del cura de Tomboto, cuenta que los mendigos le esperaban después de los bautismos y funerales, porque entre ellos repartía cuanto percibiera por el ejercicio de su ministerio.

Pío X, siendo Patriarca de Venecia, estaba un día en su sala de estudio cuando una de sus hermanas, a cuyo cargo corría el preparar las frugales comidas del Santo Prelado, entró presurosa para decirle que había desaparecido la marmita en que se estaba condimentando la comida de aquel día.

—Querida hermana, contestó, ya que esto os preocupa tanto, sabed que he sido yo el que ha hecho desaparecer la marmita.

—¿Vos?

—Sí; un pobre hombre ha venido a decirme que su mujer, enferma, no tenía una taza de caldo que tomar, y yo le he dado el puchero para que por hoy se remedie.

Las tumbas de los Papas

Poco antes de morir León XIII, expresaba sus deseos de ser enterrado en la Basílica de San Juan de Letrán, junto a la magnífica tumba de Inocencio III, construida por M. G. Luchetti, durante el Pontificado que acaba de terminar.

Las tumbas de los Papas se encuentran diseminadas en las iglesias de Italia; en las demás de Roma están la mayor parte, y la Basílica de San Pedro en la que ha sido sepultado Pío X, encierra muchas, algunas de excepcional valor artístico.

Pío IX pidió que su sepultura fuese muy sencilla, y así se puede ver en la iglesia de San Lorenzo, fuera de los muros de Roma. Consiste esa sepultura en un simple sarcófago de marmol ro-

deado de pinturas análogas a las que se ven en las catacumbas romanas, donde entre paréntesis, reposan las cenizas de muchos reyes.

En San Pedro se encuentran las tumbas de Bonifacio VIII, ejecutada por el artista florentino Arnolfo di Lepo; Pablo II, por Mino de Fiesole; Sixto IV e Inocencio VIII, por Antonio Pollaiuolo; Gregorio XII, por Camilo Rusconi; Pablo III, Urbano VIII, Alejandro VII, por Bernini; León XI, por Algarde; Clemente X, por Ferrari; Morelli por Carcari; Inocencio XI, por Mossot; Alejandro VIII, por Angelo de Rossi; Inocencio XII, por Felipe Valle; Pío VIII, por Tenerani; Benedicto XIV, por Rietro Bracci; Clemente XII, por Canova; Pío VII, por Thorvaldsen; León X, por Fabri; Gregorio XVI, por Amiati; y las de Adriano VI, Nicolás V, Pío II y León I, de autores ignorados.

La iglesia de Santa María de Minerva contiene los sepulcros de Urbano VII y de Julio II. En este último se ve el famoso Moisés, sin concluir, de Miguel Angel.

En Santa María de Araceli está la tumba de Honorio IV. La Basílica de San Juan de Letrán, además de la sepultura de Inocencio III, encierra las de Marito V y Clemente XII, esta admirable obra de Maine y Moaldi.

La iglesia de San Francisco en Viterbo contiene las cenizas de Adriano V.

La Catedral de Arezzo, las de Gregorio IX.

La iglesia de Santo Domingo de Perusa, las de Benedicto XI.

Otras ciudades, como Génova y Nápoles, tienen también sepulturas pontificales.

Y por lo que se refiere a sepulcros de Cardenales, los hay en casi todas las iglesias de Italia.

